

LA CRISIS ECONOMICA DE EUROPA EN EL SIGLO XVII. ALGUNAS PRECISIONES EN TORNO A SU DISPARIDAD BIBLIOGRAFICA

Ernesto Belenguer Cebrià

INTRODUCCION: EL CONCEPTO DE CRISIS

Realizar una síntesis de las principales aportaciones historiográficas sobre la crisis económica europea del Seiscientos, marginando —por cuestión de espacio— tanto los aspectos políticos y culturales, que también son historia, como el caso específico hispano, no es evidentemente una tarea de investigación archivística de primera mano. Se basa, por el contrario, en abundantes lecturas, que éstas sí reflejan análisis innovadores, además de que, aunque en contadas ocasiones, existen actualizaciones bibliográficas anteriores en varios años (y por ello mismo en parte ya anticuadas) a la que el lector tiene en sus manos.

Sin embargo no es ocioso abundar una vez más en esta temática por varias razones. Primera, por la utilidad práctica que estas revisiones tienen entre los eruditos y más directamente entre nuestros estudiantes, al presentarles en pocas páginas los frutos de muy variados trabajos. Y segunda, porque el esfuerzo en si mismo juzgo que no es baldío ni meramente reiterativo sino que profundiza, ampliándolos, los intentos ya hechos en esta línea, algunos de los cuales, aunque sólo en modo enumerico y sin entrar en su descripción formal, rastrean la tematica hasta la propia contemporaneidad del siglo XVII.

- (*) Este trabajo ha tenido su origen en la preparación de la lección magistral que defendí en las oposiciones a la agregación de Historia Moderna de la Universidad de Palma de Mallorca, celebradas en Madrid. Precisamente por ello he creído conveniente publicarlo en la Revista *Mayurqa*, como homenaje a la Facultad a la que me he incorporado.

En este sentido, según **Parker y Smith**, en el prólogo a la última compilación de artículos sobre la crisis del Seiscientos, ¹ aunque en el s. XVII algunos de sus coetáneos ya vieron rasgos de carácter general, comunes a los dispares sucesos políticos que acontecían, sólo **Voltaire** —en el s. XVIII— fue capaz de presentar una primera tesis sobre la crisis del siglo, centrando en ella las causas del cambio de una a otra época histórica (de los pretendidos tiempos oscuros y clericales del Barroco a la Ilustración, por ejemplo). **Theodore K. Rabb**, ² por su parte, señaló, tiempo atrás, el carácter desconectado de los trabajos historiográficos anteriores al siglo XX, muy relacionados con el estrecho positivismo de **Leopoldo von Ranke**.

Pero este panorama cambió a partir de 1945 ³ en paralelo con la nueva ciencia histórica, que empezaba entonces a florecer, y por razón de tres factores importantes. Primero: el éxito de los estudios sobre la Ciencia Moderna, lo que aguijoneó a los historiadores haciendo extensible su interés a otros campos. Los nombres de **Paul Hazard** ⁴ y **Herbert Butterfield** ⁵ son aquí imposibles de olvidar. Segundo: la consolidación de la escuela de los Annales a partir de 1946-1949. ⁶ **Braudel, Chaunu, Le Roy Ladurie, Goubert** están, entre otros, a la cabeza del movimiento, siendo algunos de ellos especialistas en el siglo e inspiradores de la revista francesa de Historia: *XVII éme Siècle* (1949). Tercero: la renovación de la historiografía marxista en el campo anglosajón gracias a la obra de **M. Dobb** ⁷ y a la fundación de la revista "*Past and Present*", en 1952, en cuyos números el siglo XVII encontraría su razón de ser situándose dentro de la polémica sobre la transición del feudalismo al capitalismo.

- (1) *The general crisis of the seventeenth century*. Ed. **PARKER G. - SMITH L.**, London 1978
- (2) **RABB T. K.**: *The struggle for stability in Early Modern Europe*. Oxford University Press, New York 1975
- (3) Con todo, antes de esta fecha existen obras importantes que tocan algunos puntos del siglo XVII, cuando no concretan su atención a la centuria. Así por ejemplo, **OGG D.**: *Europe in the Seventeenth Century*. London 1928; **CLARK G.N.**: *The Seventeenth Century*. Oxford 1929; **HECKSCHER E.**, cuya primera edición de su *Merkantilismen* apareció en Estocolmo en 1931; **HAMILTON E.J.**: *American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1501-1650*. Cambridge, Mass 1934. Traducción castellana en Ariel Historia, Barcelona 1975; **MERRIMAN R.B.**: *Six Contemporaneous Revolutions*. Oxford 1938. Aunque no específicamente del siglo XVII, pero sí analizando la estructura rural francesa a lo largo de los siglos, merece citarse la obra de **BLOCH M.**: *La Historia rural francesa: Caracteres originales*. Ed. Crítica, Barcelona 1978. La edición original data de 1931. Y asimismo el libro de **ABEL W.**: *Agrarkrisen und Agrarkonjunktur*. Hamburgo 1935. Traducción en francés con el título *Crises agraires en Europe (XIII-XX siècles)*. Flammarion 1973
- (4) **HAZARD P.**: *La crisis de la conciencia europea*. Ed. Pegaso, Madrid 1975 (3ª edición), 1935 (1ª edición)
- (5) **BUTTERFIELD H.**: *The origins of Modern Science*. London 1949. Hay versión castellana en Ed. Taurus, Madrid 1958 y 1971
- (6) Entre ambas fechas aparece el Manifiesto de los nuevos Annales, la publicación de la Apología de Bloch M. y el Mediterráneo de Braudel. Para una sucinta valoración de la escuela de los Annales véase **EIRAS ROEL A.**: "*La Enseñanza de la Historia en la Universidad*", en *Once ensayos sobre la Historia*. Publicaciones de la Fundación Juan March, Madrid 1976
- (7) **DOBB M.**: *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Ed. Siglo XXI, Buenos Aires 1971 (1ª edición en inglés en 1946)

Como resultado de esta triple presión, en las últimas décadas la publicística sobre el siglo XVII ha ido engrosando considerablemente sus títulos, además de que, por fin, el Seiscientos adquirió la etiqueta con la que hoy día se le conoce: la de un siglo de crisis a nivel global, tal como le sentenció la primera gran síntesis de nuestra época, obra de R. Mousnier,⁸ más concretada en sus detalles económicos por Eric Hobsbawm,⁹ quien vió en la centuria la última crisis feudal antes del triunfo del capitalismo, y políticos por Trevor Roper,¹⁰ patentizados en la tensión "idealista" Corte-País, y reafirmada todavía en 1965 por Christopher Hill, ya a escala mundial.¹¹ No obstante esta universalización del concepto calificador del siglo, producida en los años sesenta, a mediados de esta década empezaron a surgir una serie de críticas, tímidas al principio y más fuertes después, sobre la viabilidad o no de la crisis del siglo XVII. En un plano general Elliott¹² y Kamen¹³ subrayaron los factores de continuidad entre los siglos XVI y XVII, superiores a los de ruptura crítica, mientras que en los aspectos económicos Ivo Schöffer,¹⁴ A. Lublinskaya¹⁵ y Niels Steensgaard,¹⁶ con importantes matizaciones a la crisis, prepararon

- (8) MOUSNIER R.: *Les XVI^e et XVII^e siècles. Les Progrès de la Civilisation Européenne et le Déclin de l'Orient (1492-1715)*, en *Histoire Générale des Civilisations*. Ed. CROUZET M. Tomo IV, París 1954. Hay versión castellan en Ed. Destino, Barcelona, 1967.
- (9) HOBSBAWM E.: "The general crisis of the European Economy in the 17th century", Ed. *Past and Present*. Tomo V-VI, 1954. Reimpreso en *Crisis in Europe 1560-1660. Essays from Past and Present*, London 1965. Y en castellano con el título: *En torno a los orígenes de la Revolución Industrial*. Ed. Siglo XXI, Madrid 1971
- (10) TREVOR - ROPER H.R.: "The general crisis of the seventeenth century". *Past and Present*, XVI 1959. Reimpresión en *Crisis in Europe 1560-1660. Essays from Past and Present*, London 1965
- (11) Prólogo de HILL CHRISTOPHER a *Crisis in Europe, 1560-1660. Essays from Past and Present*, Ed. Trevor Aston, London 1965
- (12) ELLIOTT J.H.: *Revolution and Continuity in Early Modern Europe, Past and Present*, XLII, 1969. Págs. 35-56. Y Reimpreso en *The general crisis of the seventeenth century*. Ed. Parker-Smith, London 1978.
- (13) KAMEN H.: *The Iron Century. Social change in Europe. 1550-1660*. Weidenfeld and Nicolson. History of Civilisation. London 1971. Traducción castellana *El siglo de Hierro*. Ed. Alianza, Madrid 1977
- (14) SCHOFFER I.: "Did Holland's Golden Age coincide With a period of crisis?", en *The general crisis of the seventeenth century*. Ed Parker-Smith, London 1978. Fue publicado inicialmente en holandés en 1963.
- (15) Una selección de la obra de Lublinskaya puede verse en el libro en castellano que aquí se menciona. LUBLINSKAYA A. D.: *La crisis del siglo XVII y la sociedad del absolutismo*. Ed. Crítica, Barcelona 1979. (Véase su crítica a la crisis económica general del siglo XVII).
- (16) STEENSGAARD N.: "The Seventeenth-century crisis, en *The general crisis of the Seventeenth Century*. Ed. Parker-Smith, London 1978. El estudio de Steensgaard apareció inicialmente en danés en 1970.

el terreno a los impugnadores del remoquete peyorativo, ya en los años setenta: Michel Morineau¹⁷ e Immanuel Wallerstein.¹⁸

Obviando con esta enumeración cualquier intento de relación exhaustiva de la bibliografía que no es en absoluto mi pretensión,¹⁹ elijo por el contrario calidad en lugar de cantidad, procurando —eso sí— que queden representadas todas las tendencias importantes que han estudiado el siglo XVII, tanto los partidarios de la crisis como sus oponentes, bien sea en el campo de la historiografía no marxista o en el de la marxista, con el paralelismo curioso de la coincidencia —cronológica— en uno y otro a la hora de hablar de crisis —años cincuenta y sesenta, más mayoritariamente— o de redistribución y de cambio —década de los setenta—. Pero al margen de esta rara convergencia, lo cierto es que uno y otro modelo historiográfico presentan grandes diferencias metodológicas. Mientras que la historiografía no marxista se beneficia fundamentalmente de la mayor riqueza y precisión de sus investigaciones estadísticas —con fuerte tradición econométrica— pero padece el defecto de no encontrar una visión global del mundo económico, que le permita integrar perfectamente los diversos sectores productivos, buscando en consecuencia factores motrices, casi modelos

- (17) Son importantes algunos trabajos de MORINEAU M. en la frontera de los años setenta. Así por ejemplo: "D'Amsterdam à Séville. De quelle histoire les prix sont-ils le miroir?", en *Annales. E.S.C.*, 1968; "Gazettes hollandaises et trésors américains, en *Anuario de historia económica y social*. 1969 y 1970. Pero sobre todo la síntesis de *Le siècle en Les hésitations de la croissance, 1580-1730*. Tomo II de la *Histoire économique et social du monde*, dirigida por Pierre Léon. Armand Colin, París 1978.
- (18) WALLERSTEIN I.: *The Modern World System*. New York 1974. Primer volumen. Traducido al castellano con el título; *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. Ed. Siglo XXI, Madrid 1979. Véase también del mismo autor; "Y a-t-il une crise du XVIIe siècle?". En *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, enero-febrero 1979. Págs. 126-144; "Subdesarrollo y fase B: efectos del estancamiento del siglo XVII en el centro y la periferia de la economía-mundo europea", En *Teoría*, 3, octubre-diciembre de 1979. Págs. 43-55. Se trata de un avance muy resumido del segundo volumen de *El Moderno Sistema Mundial*, de reciente aparición en inglés: *The Modern World-System. II: Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy. 1600-1750*, 1980.
- (19) Evidentemente existen síntesis de historia económica que han dedicado páginas importantes al siglo XVII. Así por ejemplo: *Historia Económica de Europa de la Universidad de Cambridge*. Tomo IV. *La economía de expansión en Europa en los siglos XVI y XVII*. Ed. Revista de Derecho privado, 1977. Edición en inglés en 1967; DAVIS R.: *La Europa Atlántica desde los descubrimientos hasta la industrialización*, en *Historia Económica Mundial*, Ed. Siglo XXI, 1976. KELLENBENZ H.: *El desarrollo económico de la Europa continental (1500-1750)*, en *Historia Económica Mundial*. Ed. Siglo XXI, 1977. CIPOLLA C. M.: *Historia Económica de la Europa preindustrial*, en Biblioteca de la Revista de Occidente, Madrid 1976; *Economies et sociétés pre-industrielles, 1650-1780*. Tomo II, dirigida por LEON P. Collection U, Armand Colin, 1970; LE-BRUN F.: *Le XVIIe siècle*, Armand Colin, 1967; *Les hésitations de la croissance, 1580-1730, de la Histoire économique et sociale du monde*, también dirigida por Léon P. Armand Colin, 1978; hay traducción castellana en ZYX-Cero-Encuentros, 1980; CIPOLLA C. M., editor: *Historia Económica de Europa (2). Siglos XVI y XVII*. Ed. Ariel, Barcelona, 1979. Es la traducción castellana de *The Fontana Economic History of Europe*. Sin olvidar la publicación de fuentes como: *World Economic History. An introduction to the Sources of European Economic History (1500-1800)*. Ed. by Charles Wilson and Geoffrey Parker, New York, 1977.

en la terminología Weberiana, bien sea el clima, la demografía o el comercio como arranque causal de cualquier planteamiento económico, la historiografía marxista, aunque con menos alardes técnicos, ofrece sin embargo, con su típica formulación metodológica en base a la lucha de clases y los modos de producción, una perspectiva unitaria en sus explicaciones económicas, integrando —y no solo yuxtaponiendo— las distintas áreas productivas. Son sus excesivas hipótesis —en el caso de Hobsbawm ²⁰— o ciertos atisbos excesivamente ortodoxos, por sus buscadas vinculaciones con los clásicos del marxismo-leninismo —casos de Lublinskaya ²¹ o de Robert Brenner ²²— en detrimento de una investigación directa, los puntos más discutibles de un sector bibliográfico rico y en absoluto monolítico.

LAS APORTACIONES DE LA HISTORIOGRAFIA NO MARXISTA. SUS ANALISIS ECONOMICO—SECTORIALES.

Comenzando por el análisis de la historiografía no marxista el primer trabajo de interés se debió —como ha quedado dicho— a Roland Mousnier, ²³ quien supo conectar su estudio con la tesis del largo siglo XVI de la escuela de los Annales. El suave reflujo de la ola expansiva del Quinientos, que parece terminar hacia 1620-1630, enlaza ya en el s. XVII con la división de Mousnier en tres grandes etapas: “*la crisis (1620-1660)*”, “*la lucha contra la crisis (1660-1688)*” y “*los nuevos aspectos de la crisis (1688-1715)*”. Se trata, en suma, de un esquema que obedece más a factores políticos que económicos, y sobre todo al planteamiento de la época de Luis XIV. Con todo, Mousnier no desdeña las explicaciones de tipo económico, que han pasado a ser ya clásicas dentro de amplios sectores de la historiografía no marxista. Así, por ejemplo, el abismo existente entre un mayor crecimiento demográfico, de un lado, y los escasos recursos alimenticios, de otro, fruto de la incapacidad técnica de la agricultura del momento; las fuertes oscilaciones de precios al alza, a la baja finalmente, o el ritmo decreciente de metales preciosos, que abocan al decaimiento de la industria y el comercio. Pero la parquedad de los datos, que en el fondo ofrece la obra, permitió años después a Lublinskaya señalar que la crisis económica

(20) HOBBSAWM E.J.: “*The general crisis of the European economy...*” ya citado en nota 9.

(21) LUBLINSKAYA A.D.: *La crisis del siglo XVII...* Véase nota 15.

(22) Para una cronología multisecular véase el importante artículo de BRENNER R.: “*Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-industrial Europe*”, en *Past and Present*, 70, 1976. Págs. 30-75. Y por supuesto, toda la polémica que esta contribución desató. Los trabajos de POSTAN y HATCHER, de CROOT P. y PARKER D., de WUNDER, todos en el número 78 de *Past and Present*, febrero de 1978; las discusiones de LE ROY LADURIE y BOIS G., en el número 79 de *Past and Present*, mayo de 1978; las aportaciones de HILTON y de COOPER, en el número 80 de *Past and Present*, agosto de 1978; y finalmente el análisis de la Bohemia pre-industrial, enmarcado también en el simposio, fruto de KLIMA A., en el número 85 de *Past and Present*, noviembre de 1979.

(23) MOUSNIER R.: *Les XVIe et XVIIe siècles...* Véase nota 8.

en Mousnier es más bien deducida mentalmente a partir de factores sociales y políticos que extraída de indicadores económicos.²⁴ En este sentido, para Lublinskaya no es válido colegir la crisis del comercio y de la industria por el hecho de las inversiones en tierras de la burguesía del siglo.

Pero ulteriores investigaciones fueron llenando las lagunas que la síntesis de Mousnier presentaba en 1954, si bien esos estudios se configuraron en la línea de la división bisectorial, característica de la historiografía no marxista: esto es, el mundo de la demografía, agricultura y manufactura de autoconsumo, y el de la gran industria y el comercio internacional. Sectores ambos con ritmos coyunturales no siempre coincidentes, más aún en muchas ocasiones diversos, fruto o bien de la influencia demográfica y climática el primero, o bien del ritmo de importación de metales preciosos y de fluctuaciones de precios, el segundo.²⁵

La demografía.- Es el sector de la demografía y de la agricultura el que, en definitiva, más rasgos de crisis ofrece, si bien incluso aquí se pueden realizar matizaciones importantes. En el campo demográfico Jean Pierre Poussou²⁶ ha hablado ante todo de los frenos escalonados del crecimiento del Quinientos, que se desvanece a finales de siglo, para dar luego paso a la contracción desde mediados del s. XVII que, aunque fue muy diversa en las distintas zonas nacionales y aun regionales, se dió en casi toda Europa. Desarrollando este planteamiento inicial Poussou describe las etapas en los frenos del crecimiento, con variedad cronológica y geográfica: la primera a fines del s. XVI, en Languedoc, Moscu y Novgorod, y sobre todo Castilla; la segunda, coincidente con la guerra de los Treinta Años (1618-1648), en Bohemia, Moravia y Silesia, en Suiza, llanura del Po y baja Normandía; la tercera entre 1648-1668, especialmente dramática en España —Andalucía, Valencia— e Italia (Nápoles), y en menor grado en Irlanda y región parisina; y la cuarta, entre 1690-1715, muy fuerte en Francia y Finlandia. El resultado claramente apreciable en la segunda mitad de la centuria desembocó en el declive demográfico general, antes en la Europa del sur que en la del norte, antes en el Mediterráneo que en el canal de la Mancha, con excepciones importantes: casos de Inglaterra y Holanda.²⁷

(24) LUBLINSKAYA A. D.: *La crisis del siglo XVII...*

(25) Este doble esquema es decididamente sustentado por el Prof. EIRAS ROEL A., en la "introducción al tomo cuarto": *La decadencia española y la guerra de los Treinta Años (1610-1648-1659), de la Historia del Mundo Moderno*. Cambridge University Press. Edición en castellano en Sopena, Barcelona 1974.

(26) POUSSOU J.P.: *Les hommes*, en *Les Hésitations de la croissance 1580-1730*. Tomo II, de la *Histoire économique et sociale du monde*. Armand Colin, París 1978. Págs 41-61. También la clásica síntesis de REINHARD M. y ARMENGAUD A. plantea la crisis demográfica del siglo XVII: *Historia de la población mundial*. Ed. Ariel, Barcelona 1966.

(27) Las sugerencias, por poner un ejemplo, de la menor incidencia de las crisis demográficas en Inglaterra y Holanda pueden encontrarse respectivamente en: LASLETT P.: *The World we have lost*, London 1971 (2ª edición). Especialmente el capítulo quinto: *did the peasants really starve?*. Y también en SCHÖFFER I.: *"Did Holland's Golden Age coincide with a period of crisis?"*, ya citado en nota 14, concretamente pp. 92-93.

Pero los reveses de la población por efecto de la conjunción de la debilidad de la estructura agraria —mortalidades de crisis²⁸—, con la incidencia de la peste —crisis de mortalidad²⁹— y aún los conflictos bélicos³⁰, parece que, aunque indirecta y no deliberadamente, tal vez pusieron en marcha por primera vez un comportamiento demográfico nuevo, capaz al menos de evitar en parte — para el siglo XVIII— las resonantes catástrofes del Antiguo Régimen. Así para finales del XVII Dupâquier³¹ y Wrigley³² han visto en algunas zonas europeas un deliberado retraso de la nupcialidad y la consecuente disminución de la natalidad, con objeto de evitar la saturación de la población en unos topes malthusianos que, de ser alcanzados en la Europa de la preindustrialización, suponen el funcionamiento automático de los mecanismos de las anormales mortalidades, con todo lógicas en el empobrecido marco económico europeo. En una palabra, solo controlando la natalidad, y todavía sin poder contar con la incidencia benéfica de los avances médicos y alimenticios, algunas poblaciones en Europa parece que aspiraron a controlar la mortalidad, y de hecho ésta, aunque todavía terrible, fue menos virulenta desde el siglo XVIII.³³

- (28) Causadas sobre todo por la carestía del trigo y, en suma, por la crisis de subsistencias, fruto de la incapacidad de la estructura rural, tal como defienden, por ejemplo, MEUVRET J.: *“Les crises de subsistances et la démographie de la France d’Ancien Régime”*, en *Population*, 1946, pp. 643-650. Reimpreso en *Etudes d’histoire économique*. Ed. Armand Colin, París 1971, pp. 271-278. Y GOUBERT P.: *“En Beauvais: problèmes démographiques du 17^e siècle”*, en *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, 1952, pp. 453-468. A este trabajo inicial le siguió años después su sólida tesis: *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730*. Ed. Sevpén, París 1964, que fue resumida en *Cent mille provinciaux au XVII^e siècle*. París 1968. Con todo Goubert últimamente ha ido aceptando parte de las tesis de los historiadores que subrayan más los factores de la peste que las crisis de subsistencias en el desencadenamiento de las crisis demográficas. Su primer artículo lleva unas *“Reflexiones posteriores”*. Reimpresión de *Clio parmi les hommes. Recueil d’articles*, París-La Haye 1974. Mouton, 1976, pp. 141-159.
- (29) Aquí el impacto de la peste y otras enfermedades son más valoradas que el encarecimiento de los alimentos. BAEHREL R.: *Une Croissance: La Basse-Provence Rurale (Fin du XVI^e siècle- 1789)*. París 1961. Y CHAUNU P.: *La civilisation de l’Europe classique*. París 1966, p. 232.
- (30) Un buen resumen de las crisis demográficas, intentando destindar las causas de hambre, peste y guerra en LEBRUN F.: *“Les crises démographiques en France aux XVII^e et XVIII^e siècles”*, en *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*. Tomo II. 1980, pp. 205-234.
- (31) DUPAQUIER J.: *“De l’animal à l’homme, le mécanisme autorégulateur des populations traditionnelles”*, en *Revue de l’Institut de sociologie* (Bruxelles). Tomo II, 1972, pp. 177-211. Recientemente el autor ha insistido sobre sus mismas ideas —subrayar la importancia del retraso de la nupcialidad, tanto o más que la propia mortalidad, en la explicación de las crisis demográficas—. Véase su trabajo: *“La population rurale du Bassin parisien à l’époque de Louis XIV”*, EHESS, 1979.
- (32) WRIGLEY E.A.: *“Family limitation in pre-industrial England”*, en *Economic History Review*, XIX, 1966. Véase también: *“Mortality in pre-industrial England”*, en *Population and Social Change*. Londres 1972. Y finalmente *Historia y población. Introducción a la demografía histórica*. Ed. Guadarrama, Madrid 1969.
- (33) Para Jean-Noël Biraben la cuarentena fue, no obstante, una medida importante que contribuyó también a la disminución de la mortalidad a finales del siglo XVII. BIRABEN J.N.: *Les hommes et la peste en France et dans les pays européens et méditerranéens*. 2 Tomos, Ed. Mouton, París-La Haye 1975-1976.

La agricultura.— Porsu parte, la agricultura evidentemente refleja una imagen poco evolucionada en el siglo XVII. Jacquart ha hablado de las “*inercias agrarias*”, que presentan diversas características. Primera: el estancamiento de la producción, con la dificultad de aumentar las áreas sembradas y que con distintos modelos se da en casi toda Europa.³⁴ Segunda: el bloqueo de la productividad, concretada en los yield ratios (proporción de grano cosechado en relación con la simiente). En este punto Schlicher van Bath,³⁵ incluso para los modelos mejores —los de la Europa noroccidental—, niega la posibilidad de sobrepasar la inalcanzable cota de 7 por 1; Aymard ha registrado los mismos rendimientos en la Sicilia del siglo XVII que en la época romana;³⁶ y Michel Morineau, aún para el siglo XVIII, alude a los falsos semblantes de una revolución agrícola.³⁷ Tercera, y como consecuencia de las anteriores: la fragilidad extrema de la célula agraria de producción, lo que significa que, asegurada la reproducción simple —manutención del campesinado que vive sobre ella, aperos, simientes...—, la ganancia neta es muy exigua, tanto en la Europa noroccidental³⁸ como en Polonia³⁹ o incluso en las plantaciones coloniales, a lo sumo de un 10 0/o, margen insuficiente frente a cualquier posible cambio de los factores económicos que intervienen en el entramado productivo, siendo fundamentalmente dos los más importantes: las fluctuaciones en el nivel de las cosechas y el descenso del valor comercial del producto global.

Las primeras obedecen bien a los agotadores conflictos bélicos del siglo con sus secuelas de tierras devastadas,⁴⁰ bien a cambios climáticos con la constatación de la pequeña edad de hielo en el Seiscientos, mínimo aunque efectivo descenso —para la agricultura—

- (34) JACQUART J.: *Les paysanneries à l'épreuve, en Les hésitations de la croissance, 1580-1730*. Tomo II de la *Historie économique et sociale du monde*, dirigida por Léon P., pp. 345-494. Véase concretamente el capítulo: “*Les inerties terriennes*”. Más descriptiva resulta la síntesis de ALDO DE MADDALENA: *La Europa Rural (1500-1750)*, de la *Historia económica de Europa*. (2). *Siglos XVI y XVII*. Barcelona 1979.
- (35) SCHLICHER VAN BATH: *Historia agraria de Europa Occidental, 500-1850*. Ed. Península, Barcelona 1974. Edición en holandés en 1959. Y más concretamente *Yield ratios, 810-1820*, 1963.
- (36) AYMARD M.: “*Rendements et productivité agricole dans l'Italie moderne*”, en *Annales*, E.S.C., 1973.
- (37) MORINEAU M.: *Les Faux-Semblants d'un démarrage économique: agriculture et démographie en France au XVIIIe siècle*. París 1967.
- (38) Es el caso, por ejemplo, del Beauvaisis. GOUBERT P.: *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730*. París 1961.
- (39) KULA W.: *Théorie économique du système féodal. Pour un modèle de l'économie polonaise 16^e-18^e siècles*. Ed. Mouton, París—La Haye 1970. Y también TOPOLSKY J.: “*Economic decline in Poland from the sixteenth to the eighteenth centuries*”, en *Essays in European Economic History 1500-1800*. Ed. The Economic History Society, by Peter Earle, Oxford 1974.
- (40) Para interpretaciones de las luchas del siglo XVII pueden consultarse los trabajos de POLISENSKY J.: “*The Thirty Years' War: Problems of Motive, Extent and Effect*”, en *Historica*, XIV (1967). Y también “*The Thirty Years War and the crises and revolutions of Seventeenth-Century Europe*”, en *Past and Present*, número 39 (1968). Más recientemente, del mismo autor: *War and Society in Europe, 1618-1648*. Cambridge University Press 1978.

de un par de grados como término medio, que Utterström ⁴¹, Le Roy Ladurie ⁴² y John Eddy ⁴³ han estudiado en base a la ausencia de manchas solares y auroras boreales, sobre todo en la segunda mitad de la centuria, como fenómenos que sugieren tal vez un desvío temporal de la trayectoria solar. El segundo sobreviene por efecto de unos precios agrícolas con tendencia a la baja, que no guardan paridad con la estabilidad o incluso el alza de los precios industriales: los términos de intercambio son en este caso contrarios al campo y el nivel de vida baja aquí considerablemente. El endeudamiento del campesinado, la miseria, con la pérdida progresiva de los medios de producción, el vagabundaje y, en fin, los desordenes sociales ⁴⁴ son las lógicas, pero dramáticas, derivaciones de una coyuntura rural que, para colmo, asiste impotente a los claros intentos de extracción de excedente por parte de los sectores dominantes, ya sean nobles y eclesiásticos con propiedad jurídico-señorial, ⁴⁵ burgueses que invierten en el campo a la búsqueda del prestigio social de la renta señorial pero también del patrimonio de la territorial, ⁴⁶ o el propio Estado que con el incremento de la fiscalidad centraliza una renta feudal, ahora mucho mayor ⁴⁷.

Ante todo este panorama sombrío los campesinos tienen muy pocas salidas: la obtención de unos ingresos supletorios en la industria rural y el aumento de la producción,

(41) UTTERSTROM G.: "Climatic Fluctuations and Population Problems in Early Modern History", en *The Scandinavian Economic History Review* III, 1955.

(42) LE ROY LADURIE E.: *Histoire du climat depuis l'an mil*. Nouvelle Bibliothèque scientifique, dirigée par Fernand Braudel. Flammarion, 1967. En especial véase el capítulo: "Les problèmes du petit âge glaciaire", pp. 102-216.

(43) EDDY J.A.: "The Maunder Minimum": Sunspots and Climate in the Reign of Louis XIV, en *The general crisis of the seventeenth century*. Ed. Parker-Smith, London 1978.

(44) Las obras más clásicas en el análisis de desórdenes sociales agrarios en MOUSNIER R.: *Furores campesinos. Los campesinos en las revueltas del siglo XVII (Francia, Rusia, China)*. Ed. Siglo XXI, 1976. Primera edición en francés en 1967; PORSHNEV B.: *Los levantamientos populares en Francia en el siglo XVII*. Ed. Siglo XXI, 1978. Edición en francés en 1963; LUBLINSKAYA A.: *La crisis del siglo XVII y la sociedad del absolutismo*, ya citada en nota 15; VILLARI R.: "Rivolte e coscienza rivoluzionaria nel secolo XVII", en *Studi Storici*. Tomo II, 1971. No se citan aquí aquellas revueltas que adquirieron además un matiz político de oposición al poder: la catalana, estudiada por Elliott, la napolitana, de Villari... etc.

(45) Véase el capítulo "L'offensive des dominants", en *Les Paysanneries à l'épreuve*, de *Les hésitations de la croissance 1580-1730*, ya citado.

(46) Respecto a la obtención de una renta territorial más sustanciosa que la señorial y que incluso llevaría a parte de la burguesía a inversiones -productivas-, véase con diversas matizaciones, MANDROU R.: *Les Fugger, propriétaires fonciers en Souabe*. París 1969; ALDO DE MADDALENA: "En Milán en los siglos XVI y XVII (¿De riqueza 'real' a riqueza 'nominal'?)", en *Dinero y Crédito (siglos XVI al XIX)*. Ed. Alfonso Otazu. Actas del Primer Coloquio Internacional de Historia Económica, Madrid 1977. Pp. 297-323. Y finalmente GOUBERT P.: *L'Ancien Régime I: La Société*. Ed. Armand Colin, 1969. Pp. 103-116 y 188-203. Traducción al castellano en Siglo XXI, 1971.

(47) La interrelación entre fiscalidad y revueltas populares ya ha sido puesta de relieve desde diversos puntos de vista por Mousnier. Porshnev y Lublinskaya en las obras citadas en la nota 44. Pero aquí interesan ahora las tesis de Anderson. ANDERSON P.: *El Estado absolutista*. Ed. Siglo XXI, Madrid 1979 (Primera edición en inglés en 1974).

por cultivos extensivos de áreas nuevas, o el de la productividad, por mejoras técnicas. Pero todos estos intentos fracasan en el campo de la cerealicultura y los rendimientos regresivos, cuando no es el temor de los propietarios a que las tierras se agoten,⁴⁸ impiden una mayor productividad en el cereal, salvando las innovaciones de la introducción del maíz, con enormes yields ratios en el País Vasco, en algunas regiones francesas, en la llanura del Po, o el cultivo del arroz, en Valencia y Lombardía... Las tentativas de adaptación del mundo rural se proyectan más bien por la línea de la diversificación de cultivos: plantas tintoreras, textiles, árboles frutales, extensión de la vid y subsiguiente comercialización de caldos famosos (vinos de Burdeos y Languedoc, aguardientes catalanes, el jerez, el oportó, el tokay húngaro...).⁴⁹

Pese a todo ello, la conclusión sigue siendo la de una agricultura estancada, con sólo tres importantes excepciones: los campos flamencos y holandeses, que ha estudiado **Jan De Vries**,⁵⁰ con policultura, importación de trigo de la Europa oriental, rotación de cultivos y eliminación del barbecho; la llanura del Po en donde los capitales milaneses se invierten masivamente tal como han señalado **Aldo de Maddalena**⁵¹ y **Domenico Sella**⁵²; y finalmente el ejemplo inglés, el cual, tras las revoluciones estructurales de la propiedad de la tierra, a partir de la segunda mitad del siglo XVII y gracias a las tasas móviles de importación y exportación de cereales consiguió un incremento de la producción y aún de la productividad sin ningún otro parangón.⁵³ Pero en general, la Europa del siglo XVII sigue el modelo malthusiano tan claramente expuesto por Le Roy Ladurie en su obra "*Les Paysans de Languedoc*": un modelo cíclico en el que el incremento demográfico, fruto del crecimiento agrícola del siglo XVI —fase A—, ante el ulterior estancamiento de la técnica agraria lleva a una fase B, de depresión vegetativa y económica.⁵⁴

La industria.— Más que de crisis hay que hablar de reestructuraciones al referirse a la industria, debidas —según Jan de Vries⁵⁵— a una serie de causas. En primer lugar

(48) Una exposición breve pero atinada en JAN DE VRIES: *La economía de Europa en un período de crisis, 1600-1750*. Ed Cátedra, 1979. Concretamente el capítulo II: "*Las economías agrarias siguen caminos distintos*", p. 53 y ss.

(49) Véase el capítulo "*Tradicionalismes agricoles et tentatives d'adaptation*", en *Les Paysanneries à l'épreuve, de Les hésitations de la Croissance 1580-1730*, ya citado.

(50) J. DE VRIES: *The Dutch Rural Economy in the Golden Age, 1500-1700*. New Haven, 1974.

(51) ALDO DE MADDALENA: "*En Milán en los siglos XVI y XVII (¿De riqueza "real" a riqueza nominal?)*", ya citado en nota 46.

(52) SELLA D.: *Crisis and Continuity. The Economy of Spanish Lombardy in the Seventeenth Century*. Harvard University Press. Ed. Cambridge, Massachussetts, 1979.

(53) COLEMAN D. C.: *The Economy of England, 1450-1750*. Oxford University Press, 1977. El autor divide el libro en dos partes muy claras separadas por la frontera de 1650. Véase sobre todo a partir del capítulo sexto: "*El nuevo contexto*", p. 91.

(54) LE ROY LADURIE E.: *Les paysans de Languedoc*. Ed. SEVPEN, París 1966.

(55) J. DE VRIES: *La economía de Europa en un período de crisis, 1600-1750*, citada en nota 48.

hay que tener en cuenta los precios bajos del sector agrario que, liberalizando las rentas personales, aumentan en consecuencia la demanda proyectada sobre la industria, siempre y cuando —por supuesto— se entienda que esta demanda solo procede del marco urbano, beneficiado por el descenso en el coste de los alimentos, y no del entorno rural, que ha quedado deprimido en función de sus precios bajos, ofreciendo por tanto una menor capacidad adquisitiva. Por otra parte, esos mayores precios industriales permiten también que exista una transferencia del colono campesino hacia los marcos fabriles, convirtiéndose incidentalmente en obrero asalariado. Una segunda causa radica en los conflictos político-religiosos que provocan que mano de obra cualificada se transfiera de unos a otros lugares, así por ejemplo de Honsdschoote a Leyden, en los Países Bajos, dentro de la industria textil. La tercera más fundamental obedece a la política mercantilista que, con su proteccionismo distorsionador del libre juego económico, es puesta en marcha por algunos estados del siglo XVII.⁵⁶

Todas estas causas, y otras muchas más en las que no me extiendo,⁵⁷ desembocan en cambios importantes para la industria europea del Seiscientos, que ante todo registra un aumento de su actividad en el marco rural del Antiguo Régimen, dibujándose una nueva cartografía industrial de forma que las ciudades van perdiendo su hegemonía —Zurich, Venecia, Amberes— en favor de los entornos campesinos —alrededores de Gante, Brujas—, como ha señalado Craeybeckx.⁵⁸ La ciudad se especializa sobre todo en aquellas tareas industriales que exigen una excepcional calidad, acompañada de un alto nivel de técnica. Una segunda consecuencia cristaliza en las redistribuciones nacionales con el hundimiento de la industria mediterránea y en especial italiana y española, salvo los casos del Milanesado y Cataluña, y el crecimiento industrial de la Europa noroccidental, bien sea Francia con manufacturas reales, o con mayor propiedad los casos de Inglaterra y Holanda. En estas últimas zonas se produce una complementariedad entre la industria textil inglesa, que en 1618-1623 se convierte de productora de tejidos caros en proveedora de paños baratos —las *new draperies*— (debido, en el fondo, a la pérdida coyuntural de los mercados de compra germánicos por causa de la guerra de los Treinta Años y por las alteraciones monetarias de la *Kipper-und Wipperzeit*), y la holandesa especializada ahora en la producción de tejidos caros, al no poder competir con Inglaterra en la otra modalidad. En una palabra en torno a 1620 se estaba produciendo en la industria textil una nueva distribución de papeles, pero no la crisis general que creyó ver Ruggiero Romano.⁵⁹ Fi-

(56) Para una actualización mayor del mercantilismo, no tan monolítico como creyera Heckscher, véase DEYON P.: *Los orígenes de la Europa moderna: El mercantilismo*. Ed. Península, Barcelona 1976.

(57) Véase en este sentido la síntesis de SELLA D.: *Las industrias europeas (1500-1700)*, en *la Historia económica de Europa (2). Siglos XVI y XVII*. Barcelona 1979.

(58) JAN CRAEYBECKX: "*Les industries d'exportation dans les villes flamandes au XVII siècle, particulièrement à Gand et à Bruges*", en *Studi in onore di Amintore Fanfani*. Tomo IV, 1961.

(59) ROMANO R.: "*Tra XVI e XVII Secolo. Una Crisi Economica: 1619-1622*", en *Revista Storica Italiana*, número 74, 1962; y también "*Encore la crisi de 1619-1622*", en *Annales E.S.C.*, XIX, 1964. Véase además el trabajo de CIPOLLA C.M.: "*La decadencia económica de Italia*", versión en castellano en *La decadencia económica de los Imperios*. Ed. Alianza Universidad, Madrid 1973.

nalmente las últimas reestructuraciones industriales hablan del incremento de las industrias extractivas —cobre, hierro, hulla— y, en consecuencia, de las industrias concentradas, sobre todo militares, que surgen en relación con los agitados tiempos del siglo: así, por ejemplo, los astilleros de Zaandem en Holanda, y los de Liérganes y la Cavada,⁶⁰ unos y otros representantes del antagonismo hispano-holandés que se mantiene vivo en la primera mitad del siglo.

Sin haber pretendido ultimar en este punto un análisis acabado —más bien solo se ha realizado una ligera aproximación—, hay que concluir señalando que el sector industrial es hoy día mal conocido. Que en realidad solo la rama textil, y aún dentro de ella la lanar, es la actividad más investigada, y ello además circunscribiéndose a la geografía de la Europa occidental, y en el marco más accesible de la documentación urbana, en gran parte todavía gremial, lo que equivale a decir que la importante producción de la industria rural está por inventariar estadísticamente, al escapar del control gremial. En tinieblas, pues, el montante real de todo este apartado industrial, conociendo la importancia que sobre Europa por la moda de algodones y estampados de seda tuvo la producción textil asiática —hindú y china—, pero no pudiendo tampoco valorarla numéricamente, y en fin no habiendo aquilatado en su totalidad el crecimiento real de las industrias extractivas —piénsese que hacia finales del siglo XVII la industria siderúrgica llega a los Urales, en Rusia—, que frenan mucho el sentido de crisis que parece existir en el campo textil de la Europa meridional, difícilmente se puede dar un diagnóstico totalmente seguro sobre la existencia o no de la crisis de la industria en el siglo XVII.

Comercio, moneda y precios.— Es el sector comercial, vinculado a la circulación monetaria y a la tendencia de los precios, el que más claramente permitió formular en el pasado la teoría de la crisis general del siglo XVII y también el que más claramente ha sido objeto de las revisiones que la historiografía, partidaria de hablar más bien de redistribución y de cambio que de crisis, está haciendo últimamente. De acuerdo con las teorías clásicas, éstas giran en torno a la formulación del cuantitativismo monetario de Earl Hamilton y, dejando a un lado la discusión teórica del mismo, debe de tenerse en cuenta inicialmente el factor de la disminución del volumen de importación de los metales americanos a lo largo del siglo XVII a partir de la punta alcista de 1591-1595 y hasta el nadir de 1646-1650, en el que la cota máxima anterior queda reducida a solo el 330/0 del volumen.⁶¹ Simultáneamente y en correlación con este descenso de los metales americanos se registra la caída de los precios, iniciada hacia 1600 en España, continuada por 1620 en Alemania e Italia, 1630 en Francia, 1640-1650 incluso en Inglaterra y Holanda.⁶²

(60) ALCALA ZAMORA J.: *Historia de una empresa siderúrgica española: los altos hornos de Liérganes y la Cavada*, C.S.I.C. Institución Cantabria, Santander 1974.

(61) Véase HAMILTON E.J.: *Los tesoros americanos y la revolución de precios en España*, ya citada en nota 3. Las cifras de metales americanos son para el quinquenio 1591-1595 de 35.184.862 pesos, y para 1646-1650 de 11.770.547 pesos. Un buen análisis de estos problemas en EIRAS ROEL A.: "Introducción al tomo cuarto"; *La decadencia española y la guerra de los Treinta Años (1610-1648-1659)*, de la *Historia del Mundo Moderno*, ya citada en nota 6.

(62) BRAUDEL F. y SPOONER F.: "Los precios en Europa desde 1450 a 1750", en Tomo IV *La economía de Europa de la Cambridge*. Publicada en castellano en EDERSA, 1977.

En definitiva se puede decir que a la contracción de los metales americanos le sigue la contracción de la economía de mercado, de forma tal que los crecimientos artificiales de moneda no pueden solucionar el problema. Es decir, el recurso a la inflación monetaria doblada de la desvalorización —moneda de vellón, acuñación de cobre frente al oro y plata anteriores—, o, lo que es lo mismo, el tránsito de la moneda mercancía a la moneda —signo se revela incapaz,⁶³ dado que la Europa del momento todavía no se ha acostumbrado plenamente a la circulación fiduciaria y las alteraciones monetarias sólo provocan el doble precio —exterior e interior— y el enmascaramiento de los gráficos que mantienen artificialmente unos precios al alza por presión de la mala moneda, cuando en realidad son depresivos.

Un tercer factor completa la teoría del cuantitativismo monetario. Es este el análisis del volumen comercial mundial, en las distintas zonas geográficas hasta ahora estudiadas por la historiografía, que en su tendencia a la baja dibuja una curva similar a la de los metales. Comenzando por el espacio comercial americano, el más estrechamente relacionado, **Pierre Chaunu** ha señalado también el descenso del mismo desde la punta alcista de 1605-1610 hasta llegar de nuevo en 1646-1650 esta vez a solo un 44 o/o respecto al tope anterior.⁶⁴ Al mismo tiempo **Jeannin** ha documentado el menor tránsito de buques mercantes por los estrechos del Sund,⁶⁵ entre 1618 —unos 6.000— y 1650 —unos 4.000—, mientras que **Faber** ha anotado la caída de las exportaciones cerealísticas del Báltico desde la segunda mitad del siglo XVII a la primera mitad del siglo XVIII.⁶⁶ Solamente en un espacio comercial se tiene la impresión de que existen discrepancias historiográficas. En este sentido Chaunu defendió la disminución de los almojarifazgos de Acapulco-Manila desde la cúspide, aquí retrasada, de 1610-1615 hasta el bajón de 1646-1650, en que de nuevo el volumen simplemente representa el 44 o/o del record anterior.⁶⁷ En una palabra, puede decirse que ente 1620 y 1650 se llega al momento del "*renversement de la tendance majeure*",⁶⁸ si bien Michel Morineau matiza esta afirmación al insistir en el incremento del comercio en las Indias Orientales, observado a través de los estudios estadísticos de las Compa-

(63) EIRAS ROEL A.: "Introducción al tomo cuarto; La decadencia española y la guerra de los Treinta Años... Citada en nota 6, pp. XVII-XVIII.

(64) H. y P. CHAUNU: *Séville et l'Atlantique (1504-1650)*. Ed. SEVPEN. París 1955-1960. Concretamente T. VI. Si el tonelaje alcanza en 1606-1610 el índice 100, en 1646-1650 sólo es el índice 44.

(65) Pero el aumento del tonelaje de los barcos podría matizar la disminución de las unidades: JEANNIN P.: "Le tonnage des navires utilisés dans la Baltique de 1550-1660 d'après les sources prussiennes", en *Le Navire et l'économie maritime. Travaux du troisième colloque d'histoire maritime* (París 1960); "Les comptes du Sund comme source pour la construction d'indices généraux de l'activité économique en Europe", en *Revue Historique*, CCXXXI 1964.

(66) FABER J.A.: "The decline of the Baltic grain trade in the second half of the seventeenth century", en *Acta Historiae Neerlandica*. Tomo I, 1966.

(67) CHAUNU P.: *Les Philippines et le Pacifique des Ibériques — XVI-XVIII siècles —*. Ed. SEVPEN, París 1960-1966 (2 volúmenes).

(68) CHAUNU P.: "Le renversement de la tendance majeure des prix et des activités au XVII^e siècle", en *Studi in onore di Amintore Fanfani*. Tomo IV (Milán 1962); y también: *Reflexions sur le tournant des années 1630-1650*, en *Cahiers d'Histoire*. Tomo XII, 1967.

ñas de Indias Orientales angloholandesas.⁶⁹ Pero en realidad más que una contradicción entre las tesis de Chaunu y Morineau hay aquí una complementariedad, pues la disminución del espacio atlántico y pacífico hispano-portugués, con el ocaso de los imperios del siglo XVI, permitió el incremento del espacio atlántico y pacífico angloholandés, con el despegue de las naciones, que para comerciar con Asia tuvieron que proveerse de buenas monedas, agravando todavía más la carestía de numerario, que planeaba sobre Europa.⁷⁰

Así pues, la contracción de los metales americanos cuando no su desvío a Asia, que explica —por falta de buena moneda— la caída de los precios y el descenso del tonelaje mercantil, revela en definitiva la aparición de la depresión larga, estancada —la crisis del siglo XVII—, distinta a las crisis económicas de corta duración. Solo Holanda e Inglaterra, gracias en parte a sus mejores estructuras económicas y sobre todo a su posición geográfica como encrucijada del comercio mundial —atlántico, báltico y mediterráneo—, fueron las dos grandes excepciones que confirmaban en todo caso la regla de la crisis general del siglo XVII.

Pero frente a las tesis del cuantitativismo clásico, Michel Morineau ha realizado una crítica importante, aportando después nuevas interpretaciones, aunque todas ellas dentro de una óptica también cuantitativa. Pues Morineau problematiza menos la teoría del cuantitativismo que los datos aportados por los economistas al análisis de la realidad del Seiscientos, que ahora son sistemáticamente matizados.⁷¹ Para Morineau las investigaciones de Hamilton, en primer lugar, no han tenido en cuenta el problema del fraude, del contrabando y, en la tesitura de valorarlo en gran medida o en poca, Hamilton se inclinó por la segunda posibilidad en función de la argumentación de que los índices de precios justifican precisamente los volúmenes de metales anotados en Sevilla, cuando el objetivo de su obra era el inverso, es decir: mostrar la influencia de los metales preciosos sobre los precios. Pero es que además se sabe que, a partir de 1660, con el cambio de mo-

(69) MORINEAU M.: *Le siècle*, en *Les hésitations de la croissance, 1580-1730*, ya citado en nota 17, p. 79.

(70) Con todo existe la tendencia a suavizar la pretendida decadencia hispanoportuguesa. Para Portugal concretamente las matizaciones son importantes, pues si bien es cierto que en el siglo XVII se registra la pérdida de las Indias Orientales, hay una revalorización, por el contrario, de sus colonias americanas y aún africanas. Véase al respecto, BOXER C.R.: *The Portuguese Seaborne Empire 1415-1825*. Ed. Huthinson of London, 1977 (2a edición). Concretamente los capítulos 6 y 7: *Le Portugal et l'Atlantique au XVII^e siècle, 1570-1670, Etude Economique*. París 1960: MAGALHAES GODINHO: *Ensaio*. Ed. Livxaria sa Costa, Lisboa 1968. Especialmente el tomo II sobre Historia de Portugal. Y más concretamente los trabajos: "*Fluctuações económicas e devir estrutural do século XVI ao século XVII*" pp. 175-207; "*Portugal, as frotas do açúcar e as frotas do ouro, 1670-1770*", pp. 293-315. Respecto al caso hispánico —que aquí se analiza bibliográficamente— la decadencia parece más indudable. No obstante en los últimos años se tiene la tendencia de revalorizar al menos el último tercio del siglo XVII, esto para el caso específico peninsular, pues para la América colonial, cada vez más vinculada —económicamente— a Europa que a la metrópoli, los colores sombríos son progresivamente rechazados.

(71) MORINEAU M.: *Le siècle*, en *Les hésitations de la croissance, 1580-1730*, ya citado en nota 17, pp. 63-106.

alidad en el pago de la avería los comerciantes quedaron exentos de declarar sus mercaderías, observándose una prescripción de los registros en el tonelaje mercantil, lo que en definitiva invalida todavía más la realidad, disminuída por defecto, de las cifras de metales americanos, registrados en Sevilla.

Chaunu por su parte, en sus estudios sobre el tonelaje mercantil relacionado con las importaciones de metales americanos, dejó de subrayar los claros fallos en las correlaciones exactas entre uno y otro término. Así, si a lo largo del s. XVI el volumen de metales importados llegó en su cénit a representar 43 veces las cifras iniciales de partida, el tonelaje solamente se multiplicó en un siglo por 8; y de la misma forma mientras los metales se redujeron en tres veces menos en el s. XVII, el tonelaje lo hizo solo en un tercio. Además, medir el volumen comercial a través de un sistema tan burdo como el del tonelaje es irrelevante, pues atiende solo a la magnitud del peso, o del espacio que ocupa la mercancía, y no de su valor cualitativo, por el que en muchas ocasiones mercancías de alto precio pueden transportarse con pocos costos, caso cada vez más frecuente en la estructura comercial "*capitalista*" del siglo XVII.

Las conclusiones, en fin, de Jeannin y de Faber son todavía más fáciles de invalidar, pues la disminución de barcos mercantes es obviada argumentando la mayor capacidad de carga de los buques del siglo XVII, mientras que el descenso de las exportaciones de cereales habla en todo caso de una crisis localizada en la esfera regional de la Europa oriental agrícola, pero no de una crisis económica general a toda Europa, máxime cuando en Europa occidental la Inglaterra de la segunda mitad del siglo incrementó su producción de grano, como muestran las tasas móviles de exportación-importación, decretadas por el gobierno.

Con todas estas críticas —problematización de las estadísticas dadas por Hamilton, del análisis mercantil medido por el tonelaje de las mercancías desplazadas, de la pretendida disminución del comercio báltico— el cuantitativismo en sus términos clásicos quedó conmocionado al cuestionársele la autenticidad de los datos positivos sobre los que se apoyaba, presentando Morineau después sus propias tesis. A la documentación económica de la Casa de Contratación de Sevilla, que es deficitaria e irreal, hay que oponer los informes de las gacetas holandesas que se hacían eco de los negocios de sus mercaderes, que trataban con Sevilla y Ultramar, y que medían el ritmo verdadero de importación europea —más que peninsular— de los metales preciosos. Precisamente a través de estos nuevos datos la segunda mitad del siglo XVII, no estudiada por Hamilton y a la que se la creía mera continuadora de la tónica depresiva culminada en 1646-1650, presenta un empuje metalífero tan grande como el de los últimos años del s. XVI y aún superior a todo otro período económico en el quinquenio 1661-1665, que alcanza la cifra record de importación de ambos siglos —s. XVI y s. XVII—.

Así pues, el siglo XVII no es en general tan oscuro —en todo caso lo serán las décadas centrales— y, superadas éstas, las normales importaciones de metales americanos reaparecen. Pero es que, aún en el supuesto de que lo hubiera sido, nadie mantiene hoy día posiciones tajantes en la formulación del cuantitativismo monetario. Años atrás en una crítica al fenómeno de la revolución de precios en España, tal como la formuló Hamilton, Nadal, con los propios datos del economista norteamericano, ya hizo ver cómo el alza

mayor de los precios tuvo lugar antes de los grandes aludes del metal americano, flexibilizando la teoría clásica. Morineau, recientemente, afirma que la dinámica de los precios más que vincularse a las fluctuaciones de los metales americanos conecta con la realidad de las cosechas agrícolas. Es el último plano de su crítica llevada ahora a la impugnación de la teoría cuantitativa, y desde prismas tan renovados los altos precios del siglo XVI no sugieren dinamicidad económica sino carestía de la vida ante las dificultades de obtener buenas cosechas, que lo serán mejores —según Morineau— en el siglo XVII, de precios bajos. Con todo, es el carácter extremado que imprime a sus teorías, (que descartan el concepto de crisis para el siglo XVII y solo aceptan la realidad de algunas crisis de corta duración en el Seiscientos) el handicap más fuerte de la tesis de Morineau, quien en su obsesión por rebatir afirmaciones anteriores ha llegado a atribuir mejor fisonomía al siglo XVII que al s. XVI.

Otras actitudes ante la crisis: el sector público y la excepción holandesa.-

Pero las revisiones del concepto de crisis económica general no solamente proceden en la historiografía no marxista del campo cuantitativo. Así Niels Steensgaard, después de haber mostrado su escepticismo ante los indicadores económicos de la crisis, encuentra la clave del problema en el sector público.⁷² Si ya desde la segunda mitad del siglo XVI los presupuestos estatales de los gobiernos de Europa occidental superan el crecimiento de los precios, en el siglo XVII la tendencia se acelera, en paralelismo con el belicismo continuado de la centuria.⁷³ Por ello, un incremento de la tasación fiscal, que exceda del incremento productivo, repercute —según Steensgaard— en la demografía europea que, al encontrarse con una menor capacidad adquisitiva, víctima de las cargas impositivas, no tiene otra salida —ante el aumento de los gastos— que proceder a prácticas de autocontrol vegetativo, que redundan finalmente en una disminución de la demanda. En el caso de la agricultura este descenso acelera la caída del producto agrícola, sin que la detracción de la demanda privada sea compensada por el gasto público. En el campo de la industria y el comercio las cosas son un tanto más complejas, ya que el gasto público puede incrementar, por ejemplo, la producción de las industrias extractivas y deprimir simultáneamente otras ramas industriales. En definitiva, Steensgaard defiende la tesis de que existen distintas zonas y niveles de tributación, de tal modo que una área de cargas fiscales bajas se beneficia de una renta de protección respecto de las zonas de imposiciones onerosas. Y así el “*renversement de la tendance majeure*”, cambio de coyuntura, no es sino el resultado de un alterado modelo de la demanda, precipitado por la transferencia del impuesto, y la crisis del siglo XVII, más que ser una crisis de producción, lo es de distribución, aspecto poco tratado hasta ahora porque la última generación de historiadores económicos han polarizado siempre su atención en los factores productivos, marginando los distributivos.

(72) STEENSGAARD N.: “*The Seventeenth-century crisis*”, citado en nota 16, pp. 26-56.

(73) El incremento de gastos bélicos en el siglo XVII en PARKER G.: “*The military revolution 1560-1600 a myth?*”, en *Journal of Modern History*, XLVIII, 1976.

No quisiera terminar este apartado sin aludir al trabajo de Ivo Schöffler,⁷⁴ quien no acepta que Holanda y otras zonas europeas sean una excepción dentro de una Europa en crisis y, en consecuencia, prefiere el término de redistribución antes que el de crisis, al contrario de su compatriota Jan de Vries⁷⁵ que sí defiende la realidad de la recesión. En sus reflexiones Schöffler observa cómo la depresión del siglo XVII no se aleja mucho de los rasgos permanentemente estructurales del Antiguo Régimen y que, en suma, sus puntos más críticos --pestes, hambres...-- son importantes porque fueron los últimos, antes del mejoramiento de las condiciones económicas, fruto de la revolución industrial, y en este aspecto el siglo XVII sí que presenta una fisonomía más positiva que negativa. Concretándose a la realidad de los precios, para Schöffler lo anormal no fue la caída de precios del siglo XVII, sino el boom inflacionario de los últimos años del s. XVI, ante el que todo descenso posterior fue calificado de crítico. Además los precios no son más que una parte de los indicadores económicos y en áreas de precios bajos se ha podido constatar incrementos de los espacios rurales cultivados e incluso de la producción, tal como René Baehtzel ha visto en la Baja Provenza.⁷⁶ Los historiadores, en fin, no han tenido en cuenta las distintas variantes nacionales y regionales en la caída de precios y tampoco han hecho caso suficientemente de las fluctuaciones de los interciclos. El investigador, con la imaginación, tiende a acortar el tiempo en abstracto y en ocasiones no atiende, como debiera, a esos interciclos de estabilidad, dentro de una tendencia depresiva, que tanto matizaron y suavizaron los duros tiempos, hasta llegar incluso a presentar fases de reactivación económica. Como conclusión, Schöffler, señala que más que de crisis hay que hablar, en fin, del siglo XVII como de una época de solidificación y de redistribución y en todo caso diferenciar dos historias europeas: la del sur y del Mediterráneo, en crisis, la del norte y del Atlántico, en crecimiento.

PROBLEMAS DE COYUNTURA Y ESTRUCTURA EN LA CRISIS DEL SIGLO XVII.

Las aportaciones de la historiografía marxista en la última parte de esta exposición sitúan la crisis del siglo XVII en la problemática de la transición del feudalismo al capitalismo. Y en este sentido para ellas el problema no es tanto de coyuntura, cuanto de incidencia de esa coyuntura en los cambios estructurales que van a llevar finalmente, ya en el siglo XVIII, a la Revolución Industrial. Sobre este planteamiento de fondo las tendencias

(74) SCHOFFER I.: *"Did Holland's Golden Age coincide with a period of crisis?"*, ya citada en nota 14.

(75) JAN DE VRIES: *La economía de Europa en un período de crisis, 1600-1750*, ya citada en nota 48. Con todo, como es lógico, los historiadores flamencos subrayan la época dorada de las Siete Provincias Unidas. Véase la síntesis de VAN HOUTTE J.A.: *An Economic History of the Low Countries, 800-1800*. St. Martin's Press. New York 1977.

(76) BAEHREL R.: *Une croissance: La Basse Provence Rurale...*, citado en nota 29.

de la historiografía marxista son variadas. Una primera se sirve del concepto de crisis, aún cuando no le dé totalmente las connotaciones de regresión económica, ya que detrás de la crisis surgen los cambios estructurales, tal como opina Hobsbawm. Otra niega las connotaciones traumáticas de la crisis al siglo XVII y prefiere, como Lublinskaya, hablar fundamentalmente del lento desarrollo del capitalismo en la época de la manufactura. Y en fin, una tercera niega que los cambios estructurales se produzcan en 1600, lo han hecho antes, y en consecuencia la crisis económica del siglo XVII no es sino la primera disfunción en el rodaje de la economía—mundo capitalista, tal como señala Immanuel Wallerstein.

La interpretación de Hobsbawm.- Comenzando por la primera de las líneas historiográficas, Eric Hobsbawm entiende la crisis económica del siglo XVII como la última fase en la transición del feudalismo al capitalismo.⁷⁷ Hobsbawm articula su trabajo en una serie de apartados, en el primero de los cuales realiza una descripción de la crisis en los escenarios geográficos, demográficos y productivos, para llegar a la conclusión de que la crisis no es debida tanto a los factores bélicos —guerra de los Treinta Años, o gran guerra del Norte— cuanto a las trabas, las barreras, que la estructura feudal, todavía mayoritaria, opone a la evolución de los elementos del capitalismo, el cual tiene que adaptarse en su ritmo económico y mercantil a las limitaciones y a la peculiar demanda de la sociedad feudal. Surge así el concepto de capitalismo feudal y surge así también el estudio de estas barreras, vistas —según Hobsbawm— en la contracción de los mercados feudales. En primer lugar, del mercado báltico en donde la refeudalización de la Europa oriental a lo largo del siglo XVI, en función de la venta de cereales a la Europa occidental (la cual, precisamente por ello, creció económicamente mucho más y se “industrializó”), actúa como un bumerang al impedir que esa propia Europa oriental luego demande productos manufacturados e industriales a la Europa occidental. En segundo término, de los mercados coloniales, pues, una vez pasada ya la época de la tesauroización fácil a lo largo del siglo XVI y antes de la reformulación del pacto económico colonial a finales del siglo XVII, pasan unos años, coincidentes con la mayor parte del siglo XVII, de regionalización de la economía. Y por otra parte, se conocen muy pocos datos referidos al comercio colonial asiático. En tercer caso, del mercado interno, dadas las tremendas cargas feudales y señoriales que recaen sobre el campesinado y que son consecuencia de la baja de su nivel adquisitivo.

Pero si las causas en Hobsbawm son muy claras para explicar la crisis del siglo XVII, no lo es tanto el tránsito de la crisis a sus resultados, a la concentración económica, con un incremento de la producción agrícola, fabril e incluso en la acumulación de capital. Por ello mismo Hobsbawm fundamentalmente intenta explicar las salidas de la crisis en base a una serie de argumentos, no del todo satisfactorios. Así, la crisis del siglo XVII ocasiona la ruina de las empresas feudales —por ejemplo, el acaparamiento de pimienta, o también la producción de tejidos caros—, en favor de las empresas secundarias, como plantaciones azucareras ya en el siglo XVII o producción de tejidos baratos. La crisis del siglo XVII

(77) HOBBSAWM E.: “*The general crisis of the European economy in the 17 th century*”... Véase en nota 9.

provoca, por otra parte, el hundimiento de la industria italo-española, el retraso de la francesa y simplemente el mantenimiento en alza de la industria británica, sobre la que todas las demás zonas mundiales actuarán como un verdadero mercado mundial. Y finalmente las revoluciones "*político-burguesas*" del siglo XVII —las inglesas—, un argumento no económico, actúan también como explicación a la salida de la crisis. Planteamiento original e importante el de Hobsbawm, pero sin embargo con una serie de fallos muy considerables, fundamentalmente dos: primero, sus excesivas hipótesis, lo cual podía provocar la impugnación, tanto desde el campo marxista como no marxista. Segundo, su clara heterodoxia al buscar agentes externos, como explicativos de la crisis, al ritmo interno de la producción, lo cual evidentemente le ocasionó el ataque de la historiografía marxista ortodoxa y fundamentalmente de la historiografía soviética.

La crítica de Lublinskaya.— En 1965 la historiadora Alexandra Lublinskaya sintetizó ambos fallos en una crítica importante.⁷⁸ Lublinskaya niega las evidencias de la crisis en Hobsbawm para llegar a la conclusión de que simplemente entran en depresión los escenarios bálticos y mediterráneos y esto en función más bien de factores políticos —las guerras— que no de factores económicos. No puede haber contracción en los mercados bálticos, tal como la dibujó Hobsbawm, debido al hecho de que la refeudalización de la Europa oriental ha sido anterior al siglo XVI y de que, en definitiva, lo que hay es una mala venta de las exportaciones cerealísticas de la Europa oriental, fruto de la guerra, de las confiscaciones de los ejércitos, con lo cual, por otra parte, es imposible comprar a la Europa occidental. Y cuando a partir de 1660 (paz de Oliva y Copenhague) las exportaciones cerealísticas pueden reanudarse, tropiezan ahora con la competitividad de la Inglaterra de las tasas móviles de importación y exportación de trigo. Tampoco hay contracción en los mercados coloniales, sino en todo caso redistribución, en favor, ahora, de Inglaterra y Holanda y en contra de España y, un poco menos, de Portugal. En fin, hay que tener en cuenta que la "*proletarización*" del campesinado no es precisamente una medida contraria al crecimiento de los mercados internos, sino en todo caso favorable, porque con la pérdida de sus medios de producción los campesinos se ven obligados a demandar sobre la industria.

Pero las mayores críticas de Lublinskaya se dirigen, como es lógico, al punto más débil de la argumentación de Hobsbawm: el hecho de no haber dado explicaciones satisfactorias para justificar el tránsito del ritmo depresivo (que provocan las causas de la crisis) a la concentración y el incremento de la producción hacia 1680-1690, pues en la defensa de su tesis a Hobsbawm le ha faltado este eslabón, que hubiera contribuido mucho a la caracterización real de la crisis y de su superación. Pero Hobsbawm ni ha abordado esta problemática ni tampoco ha explicado el porqué, una vez ya superada la crisis (hacia 1680-1690), hay que esperar cerca de 90 años hasta la aparición de la revolución industrial —en una fase calificada de radicalización revolucionaria previa—. En realidad no hay ni barreras que se oponen conscientemente al avance del capitalismo, ni necesidad, en conse-

(78) LUBLINSKAYA A.D.: *La crisis del siglo XVII y la sociedad del absolutismo...*, citada en nota 15.

cuencia, de superarlas en unos determinados momentos cronológicos. Frente a obstáculos tan hipotéticos y en verdad inexistentes, Lublinskaya defiende la tesis de un lento desarrollo del capitalismo en la época de la manufactura como su cualidad interna más específica, fruto de la producción manual (aún cuando el trabajo ya se hace por división de operaciones), de los gastos de aprendizaje y maestría de la mano de obra cualificada, y en definitiva de la inferioridad real del capital constante respecto al capital variable. Es decir, que todavía la fuerza de trabajo es mucho más importante que los medios de producción y por tanto el empresario todavía no puede succionar totalmente el tiempo libre del obrero manufacturero —pieza básica en el entramado productivo— y, en consecuencia, la acumulación de capital se ejerce muy lentamente.

El marxismo circulacionista de Wallerstein.— Mucho más reciente e innovadora resulta la línea historiográfica del llamado marxismo circulacionista, más teórico en **Gunder Frank** y más práctico en Immanuel Wallerstein.⁷⁹ Para entender la crisis del siglo XVII en Wallerstein hay que comenzar por entender los presupuestos básicos teóricos sobre los que va a apoyar su propia definición del capitalismo, presentado como un sistema mundial de economía-mundo, caracterizado por el deseo de ganancia, inducido por el comercio y el mercado y que lleva a la acumulación y a la innovación. Sistema mundial por ser mayor que cualquier unidad política, jurídicamente reconocida; economía-mundo por ser el vínculo económico y fundamentalmente el valor del comercio-intercambio. Sacando las deducciones lógicas de estas definiciones, si el comercio es por sí solo el responsable de la acumulación y de la innovación, cualquier región que se integre en el sistema de intercambio interdependiente, que caracteriza al sistema mundial de trabajo, es ya de por sí capitalista, independientemente de los diversos métodos de control en el trabajo, sean estos la esclavitud, la servidumbre, o el trabajo asalariado. Más aún, la economía-mundo se caracteriza precisamente por un incremento geográfico, y en volumen, de la magnitud mercantil, junto a los diferentes tipos de métodos de control del trabajo, según los diversos productos y las distintas zonas. Por ello mismo, las innovaciones en Wallerstein no son tanto técnico-cualitativas en el sentido de un cambio en el trabajo, en la producción, cuanto cuantitativas en el sentido de la magnitud mercantil. Y, por ello mismo, los cambios estructurales en Wallerstein no se han dado ni a mediados del siglo XVII —según defiende Hobsbawm— ni tampoco a finales del s. XVII, en la revolución industrial, sino que ya lo han hecho en 1500, en el momento de aparecer el mercado mundial de consumo y de trabajo, es decir, descubrimiento de América e Indias Orientales. La crisis del siglo XVII no puede ser, pues, una crisis estructural y solamente es un tiempo de reajustes, de redistribución, y, dado el modelo de crecimiento cuantitativo de Wallerstein, es un tiempo de reajustes positivo por cuanto que se amplía todavía más la zona de intercambio de la economía-mundo: América del Norte, plantaciones azucareras de las Pequeñas Antillas, el Brasil, e incluso el Asia Holandesa. Wallerstein, por tanto, coincide aquí con

(79) WALLERSTEIN I.: *El moderno sistema mundial*; "Y a-t-il une crise du XVII^e siècle?"; "Subdesarrollo y fase B: efectos del estancamiento del siglo XVII"... , ya citados en nota 18.

Lublinskaya en negar cualquier connotación de crisis estructural a la crisis económica del siglo XVII, tal como suponía Eric Hobsbawm. Wallerstein niega también el concepto de capitalismo feudal y no ve la paradoja, que observaba Hobsbawm, de un capitalismo trabado por la estructura mayoritaria todavía feudal y que sin embargo, y pese a ello, lograba un despegue económico hacia finales del siglo XVII y a lo largo del siglo XVIII. Y no lo ve, porque en definitiva no hay tal capitalismo feudal: lo que existe es un capitalismo que se estabiliza y evoluciona lentamente a lo largo de todo el siglo XVII, preparando precisamente la revolución industrial. Curioso paralelismo desde una óptica comercial con la evolución de la manufactura de Lublinskaya.

La ortodoxia de Brenner.— Pero la heterodoxia de Wallerstein, fundada sobre todo en la importancia de las relaciones de mercado —el comercio aquí aparece como un agente exterior, como motor del cambio— y no en las relaciones de estructuras de clase, provoca, en fin, la reacción de Robert Brenner, el autor que ya en las estructuras de clase agraria y desarrollo económico de la Europa pre-industrial había atacado violentamente el modelo malthusiano de Postan y Le Roy Ladurie,⁸⁰ así como también el modelo comercial de Adam Smith. Con mayor razón Robert Brenner iba a criticar ahora tesis que surgían del mismo seno de la historiografía marxista. En un reciente artículo Brenner afirma que tanto Wallerstein como **Gunder Frand** e incluso **Paul Sweezy** son marxistas smithianos.⁸¹

En este sentido, si Brenner ha señalado como equivocada la tesis de Smith de un progreso económico lineal, movido por el agente comercial, sin tener en cuenta las estructuras de clase, juzga también erróneas las tesis de Wallerstein y de Gunder Frank en el sentido de que ahora el comercio sea el motor del cambio, del desarrollo en el centro de la economía-mundo pero del subdesarrollo en la periferia: las tesis equivocadas para Brenner del desarrollo del subdesarrollo, del incremento económico en el centro y de la pobreza en las áreas periféricas. Para Brenner, no se trata sino volver del revés el argumento de Adam Smith, manteniendo sin embargo el método: el comercio como el motor del cambio en la evolución económica —sea o no próspera—. Pero la ortodoxia de la historiografía marxista debe señalar la importancia de las estructuras de clase. Y en consecuencia Brenner se apresura a mostrar tres claros ejemplos, en los que las estructuras de clase son prioritarias a la importancia y a la impostación del agente comercial. En primer lugar, el caso de la Europa báltica, en donde en los dominantes —nobles propietarios latifundistas—, por tener los medios de producción, predomina el valor de uso de la tierra, que no el valor de cambio, accediendo al mercado muy escasamente y solo para la compra de productos de lujo. Por ello mismo, cuando el gran comercio de la Europa occidental demande sobre ellos grandes cantidades de producción cerealística, estos nobles propietarios no van a inten-

(80) BRENNER R.: "*Agrarian class structure and economic development in pre-industrial Europe*"..., citado en nota 22. Hay que advertir que la polémica simposio, abierta con este trabajo, todavía no ha concluido.

(81) BRENNER R.: *Los orígenes del desarrollo capitalista: crítica del marxismo neosmithiano*. En *Teoría 3*, octubre-diciembre de 1979, pp. 57-166. El trabajo no critica tanto las tesis de Smith, con todo lógicas en el momento del despegue industrial inglés (siglo XVIII), cuanto la aceptación de parte de sus teorías por escritores marxistas en el siglo XX.

sificar la producción invirtiendo con capitales o técnicas, sino que tienden simplemente a la obtención de un plusproducto absoluto, estrangulando después la economía rural del campesinado. En una palabra, las estructuras de clase agraria de la Europa oriental son las que previamente empobrecen el área báltica, antes incluso de la propia llamada del comercio. Algo similar ocurre en las estructuras agrarias de la Francia del siglo XVII, en las que todavía predomina la pequeña propiedad y el campesinado tampoco llega al mercado y en donde el valor del uso de la tierra es superior también aquí al valor del cambio. Solamente en el caso inglés, fruto de los cambios estructurales agrarios, tendentes hacia una gran propiedad, pero arrendada, y en donde el arrendatario tiene que hacer frente al pago de la renta, porque sino sería desahuciado, y al mismo tiempo tiene que incrementar su producción para obtener evidentemente una ganancia, solo aquí, por existir ya unas estructuras de clase capitalista, es donde realmente el comercio actúa como un agente del cambio. En una palabra, para **Brenner**, salvando la excepción inglesa y holandesa, la crisis del s. XVII no es sino una crisis de productividad agraria, fruto del mantenimiento de las estructuras de clase agrarias feudales, y en absoluto lo es de la incapacidad técnica de la agricultura en hacer frente al crecimiento demográfico, —esto sería un modelo malthusiano— ni tampoco de las influencias comerciales, sino simplemente del mantenimiento de esas estructuras de clase agrarias, que dejan estancado, sino en declive, al campo europeo. Es pues una crisis feudal y es también una crisis real.

A MODO DE CONCLUSION

Aunque la finalidad de este trabajo no es tanto la de presentar explicaciones nuevas cuanto la de realizar un balance, no obstante no se puede eludir el formular unos puntos de mutuo acuerdo, que subyacen en el heterogéneo cúmulo bibliográfico presentado y que creo que son, en síntesis, los siguientes:

10) La disparidad historiográfica, existente hoy en día, no permite para el siglo XVII defender en absoluto ni el concepto de crisis ni su alternativa negativa —la no crisis—, a no ser que antes se clarifique el término, aplicado aquí a un contexto preindustrial. Evidentemente en lo que parece haber bastante acuerdo entre los historiadores —desde Wallerstein a Michel Morineau o Pierre Deyon⁸²— es en la problematización de los ciclos económicos seculares —alternancias de fases A y B—, dados por **François Simiand**, pero cuya aplicación a la economía de Antiguo Régimen es al menos discutible. El cuantitativismo coyuntural de enlazar mecánicamente la disminución de metales preciosos, el descenso de precios y la contracción comercial, se encuentra en la actualidad con fuertes oposiciones. En la práctica por los trabajos —también cuantitativos— de Morineau. En la teoría porque los precios se vinculan, más que a los metales, a las cosechas agrícolas. Y en este sentido el alza de precios del siglo XVI no es sinónimo incontestable de bienestar, como la caída

(82) Véanse los puntos de vista de **WALLERSTEIN** en "*Y'a-t-il une crise du XVII^e siècle*", ya citado en nota 18; y también los de **MORINEAU** y **DEYON** en *Les hésitations de la croissance*, citado desde la nota 19, pp. 573-579.

posterior del s. XVII tampoco es necesariamente asimilable a la ruina total.⁸³ Estas matizaciones han tenido además —sobre todo en el campo de la historiografía no marxista— la virtud de situar en primer término al sector rural que, por contemplarlo permanentemente estancado, parecía no incidir en la crisis, siempre más polarizada en la industria y el comercio. En todo caso y durante años el campo, pese a los magníficos estudios realizados, adquiriría una importancia más bien pasiva en la depresión: su papel quedaba reservado, más que a un posible crecimiento del mercado interno —lo que le daría una imagen activa— a ser refugio de los capitales huidos de la contracción industrial y comercial. Y sin embargo es claro que la depresión coyuntural iba a incidir finalmente en el reforzamiento o el desbloqueo de la estructura rural.

20) En este sentido la diversidad bibliográfica de los últimos años debe permitir matizar la hegemonía —casi exclusiva— del modelo inglés de crecimiento y cambio estructural que desemboca en la Revolución Industrial. Como señala Aldo de Maddalena, con ocasión de analizar el caso de Milán en el Seiscientos, las posiciones historiográficas ante la crisis del siglo XVII, no marxistas o marxistas, aún partiendo de una metodología distinta, han incidido excesivamente en una conclusión similar. Los no marxistas, desde la superestructura económica, ven la crisis milanesa en la desviación de los afanes comerciales e industriales hacia el campo, buscándose fundamentalmente el patrimonio y superponiendo la *renta* a la *ganancia*. Los marxistas tratan de detectar en un plano infraestructural (si vale la expresión) síntomas de desfeudalización, de cambios capitalistas en el campo, que redunden luego en el tirón de las actividades industriales y comerciales. Como ello no se da en el Milán del siglo XVII, se llega a la conclusión del estancamiento rural, base de su no industrialización hasta bien avanzado el siglo XIX. En definitiva, unos y otros tienen presente un mismo supuesto: que un sistema económico es más adelantado cuanto más desarrollado se encuentra el sector secundario en completa sintonía con el terciario —es el modelo inglés—, condenando en consecuencia “*la esterilización —que se pretende— en clave patrimonialística, en el adormecido y decaído mundo rural, del capital, considerado en su sentido más amplio (riquezas mobiliarias, organización productiva, programas, iniciativas, esperanzas)*”.⁸⁴ En ningún momento se plantea, pues, la posibilidad de ver en la huida hacia el campo no sólo una táctica, sino también una estrategia económica, que, aunque más lenta y costosa que el brillante modelo inglés, prepara a largo plazo un crecimiento agrario capaz de romper el feudalismo imperante. Y aunque en esencia y aún en puntos concretos Merrington juzgaría erróneo el planteamiento en base a que “*esta forma de transición en la que aparecen asociados capital mercantil y agrícola no es tal en un sentido históricamente dinámico, pues el desarrollo de la renta usuraria tiene lugar dentro, más que contra, la estructura feudal de sociedad rural*”,⁸⁵ sin embargo coincide en el rechazo de la tenden-

(83) En todo caso habría que matizar que los precios altos favorecen a los vendedores, propietarios rurales, pero no a los compradores. Y viceversa. Véase: MORINEAU M.: *Le siècle en Les hésitations de la croissance*, señalado en nota 19, pp. 88-89.

(84) ALDO DE MADDALENA: “En Milán en los siglos XVI y XVII (*¿De riqueza real a riqueza nominal?*)”, ya citado en nota 46, p. 319.

(85) MERRINGTON J.: “*Ciudad y campo en la transición al capitalismo*”, en *La transición del feudalismo al capitalismo*. Ed. Rodney Hilton en inglés y en Crítica, Barcelona 1977, p.260.

cia dualista, que separa el progreso urbano del atraso rural, por el hecho de que urbanización y ruralización son caras opuestas de un mismo proceso. El ejemplo del Milán en el siglo XVII —del que tal vez aquí se ha hecho una exégesis excesiva— opuesto a la evolución inglesa, le permite a Maddalena calificar de crisis evolutiva, y no involutiva, la trayectoria económica del Seiscientos, y por extensión sugiere la necesidad de diversificar los modelos de desarrollo económico, que pueden pasar incluso por la ruralización del siglo XVII. No en balde las polémicas de los historiadores marxistas en torno a la transición del feudalismo al capitalismo, y que tienen en el siglo XVII un jalón importante, revelan por supuestos que el tema no está obviamente cerrado.⁸⁶

30) Esta diversificación de modelos conecta con la necesidad de valorar mejor la disparidad nacional, y aún regional, europea a la hora de colocar una —imposible— etiqueta al s. XVII, pues es evidente que el ritmo económico en absoluto es unitario. Por poner unos ejemplos, en la zona de mayor incremento económico, Inglaterra crece en la primera mitad del siglo XVII y lo sigue haciendo en la segunda, frente a Holanda que no puede mantener al final del siglo el nivel alcanzado hasta 1670.⁸⁷ Francia presenta dos etapas siendo de mayores dificultades económicas, precisamente, la segunda, según criterio de Goubert,⁸⁸ pese a la aparente tranquilidad del mercantilismo y del absolutismo del Rey Sol. En la Península Ibérica, sin embargo, la primera mitad del siglo XVII es mucho más traumática que no la segunda. Portugal marcha hacia una recuperación económica y política en los últimos años de la centuria frente a las dificultades de la primera mitad.⁸⁹ Y España parece mostrar, con todos los obstáculos de la década de los ochenta, cierta revitalización, alejada de las teorías clásicas de la historiografía anterior. Más aún, las variedades regionales hay que tenerlas en cuenta y en el caso peninsular la evolución de la periferia —Cataluña, Valencia, País Vasco⁹⁰— es claramente distinta del mayor atraso

(86) Las aportaciones de Hobsbawm, Lublinskaya, Wallerstein y Brenner, ya señaladas, así lo corroboran. Pero también la cada vez más creciente nómina de escritores que se incorporan a la polémica. En la última edición del libro ya citado en la nota anterior, Dobb, Sweezy, Takahashi, Hilton, Hill, Lefebvre, Procacci, Hobsbawm y Merrington enriquecen el debate.

(87) Jan van Houtte encuentra el comienzo del nuevo equilibrio en la disminución de la importancia económica holandesa, hacia 1670. VAN HOUTTE J.: *An economic History of the Low Countries*, citado en nota 75.

(88) GOUBERT P.: "Un 17^e siècle d'historien", en *Clio parmi les hommes*, citado en nota 28, pp. 255-264.

(89) Véase nota 70.

(90) Los trabajos de VILAR P.— *Catalunya dins l'Espanya Moderna. Barcelona 1964-1968*— y MOLAS RIBALTA P.— *Comerc i estructura social a Catalunya i València als segles XVII i XVIII. Barcelona 1977*—, para el caso catalán; de GARCIA MARTINEZ S.— *Els fonaments del País Valencià Modern. Valencia 1968*— y LOPEZ PIÑERO — *La introducción de la Ciencia Moderna en España. Barcelona 1969*, y *Ciencia y Técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII. Barcelona 1979*—, para el caso valenciano; de FERNANDEZ ALBADALEJO — *La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa, 1766-1833: cambio económico e historia. Madrid 1975*— y FERNANDEZ DE PINEDO — *Crecimiento económico y transformaciones sociales del País Vasco 1100-1850*—, para el País Vasco, ilustran el renacimiento económico y cultural de la periferia.

económico castellano-andaluz.⁹¹

40) Pero a la hora de valorar la crisis o no crisis del Seiscientos, hay que volver al punto de partida inicial: la permanencia de unas estructuras similares entre los siglos XV-XVIII, que explican que, aunque la economía crece más en el siglo XVIII, las dificultades en los sectores económicos de tipo antiguo no terminan hasta el comienzo y la progresiva implantación de la economía industrializada, existiendo por tanto importantes vínculos unitarios, que disminuyen, por comparación, el concepto de crisis económica en el Seiscientos.⁹²

50) Finalmente no hay que descartar factores positivos en el siglo XVII, sobre todo el incremento económico en las áreas coloniales —América y Asia fundamentalmente—, que si no de un crecimiento moderno —rostowiano, medido en renta per cápita— sí permite hablar de un crecimiento de tipo antiguo, que aumenta la magnitud de sus indicadores económicos por extensión —básicamente comercial y colonial— más que por intensidad y cambio de sus modos de producción

Belenguer Cebrià, Ernesto
a Ciutat de Mallorca, 1980

(91) Tal como defiende para el caso andaluz DOMINGUEZ ORTIZ A.: *Crisis y decadencia de la España de los Austrias*. Barcelona 1969; *Alteraciones andaluzas*. Madrid 1973. Kamen, por su parte, tiende a suavizar la tesis de la catástrofe peninsular. KAMEN H.: *Spain in the later seventeenth century, 1665-1700*. London - New York, 1980. Traducción castellana, con el título *La España de Carlos II*, Barcelona 1981.

(92) BRAUDEL F.: *Civilisation matérielle. Economie et Capitalisme XV^e-XVIII^e siècle*. Ed Armand Colin, París 1979 (3 vols.).

